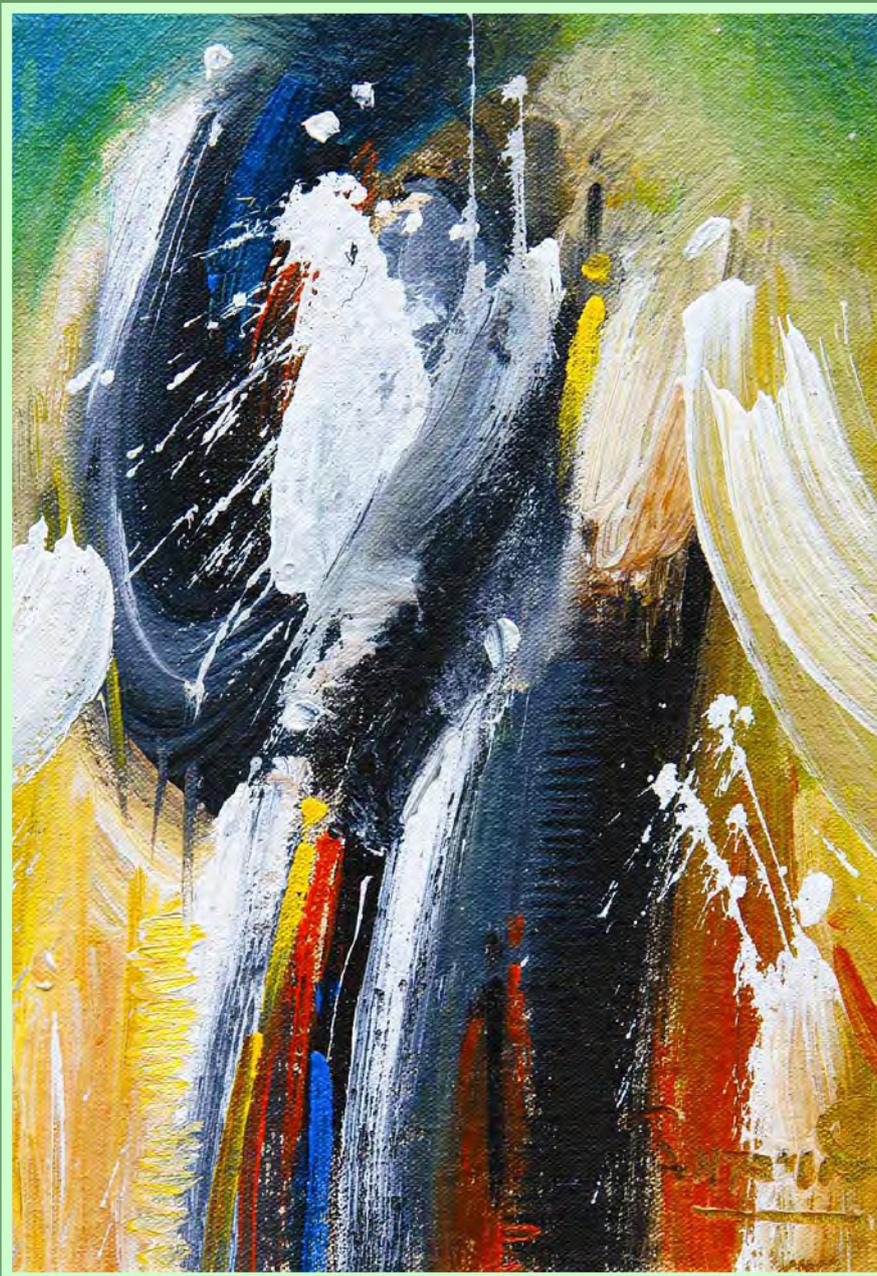


Contexto

Revista Anual de Estudios Literarios / vol. 25 - n.º 27 - Año 2021
e-ISSN: 2610-7902 / e-Depósito Legal: Me2018000066



Antolines Castro / *Sin título* / 2008 / acrílico sobre lienzo / 70 x 50 cm

Artículos

La escritura como refugio en *Algo habla con mi voz*, de Vaitière Alejandra Rojas, novela del exilio venezolano

Writing as a refuge in *Algo habla con mi voz*, by Vaitière Alejandra Rojas, venezuelan exile novel

Écrire comme refuge dans *Algo habla con mi voz*, par Vaitière Alejandra Rojas, nouveauté de l'exil vénézuélien

Recibido 30-08-20

Aceptado 30-09-20

Luz Marina Rivas¹

Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, Colombia

luz.rivas@caroycuervo.gov.co

Resumen: La novela *Algo habla con mi voz*, de Vaitière Alejandra Rojas, escrita como novela epistolar, da cuenta de la experiencia subjetiva de una joven mujer venezolana que experimenta la migración como un exilio. Ese exilio está precedido por un insilio en el país de origen. En medio de las penurias económicas, del dolor de la pérdida arrastrado por muchos años en Venezuela, de la incertidumbre y la precariedad que vive en Bogotá, la ciudad de llegada, la protagonista narradora encuentra un refugio en la literatura. En su escritura, que dialoga con los autores de una biblioteca muy personal, funda su propia patria literaria.

Palabras claves: migración; insilio; exilio; Vaitière Alejandra Rojas; novela venezolana

1. Licenciada en Letras por la Universidad Central de Venezuela, Magíster en Literatura Latinoamericana y Doctora en Letras por la Universidad Simón Bolívar. Actualmente, es la Coordinadora de la Maestría en Literatura y Cultura del Instituto Caro y Cuervo, en Bogotá. Es profesora titular jubilada de la Universidad Central de Venezuela. Ha sido profesora de la Pontificia Universidad Javeriana y de la Universidad de los Andes (Colombia). Ha publicado los libros *La historia en la mirada* (1997), *La novela intrahistórica* (2000 y 2004), *Las mujeres toman la palabra. Antología de narradoras venezolanas* (2004) y más de 60 artículos académicos entre artículos en revistas arbitradas, capítulos de libros y prólogos. Sus intereses de investigación son la narrativa del Caribe, la narrativa de autoría femenina, en particular de Venezuela y Colombia, los estudios de género y la relación entre historia y ficción. <https://orcid.org/0000-0002-7412-4896>.



¿Cómo citar?

Rivas, Luz Marina. "La escritura como refugio en *Algo habla con mi voz*, de Vaitière Alejandra Rojas, novela del exilio venezolano". *Contexto*, vol. 25, n.º 27, 2021, pp. 17-27.



UNIVERSIDAD
DE LOS ANDES
DR. PEDRO RINCÓN GUTIÉRREZ
TACHIRA VENEZUELA

Abstract: The novel, *Algo habla con mi voz*, by Vaitière Alejandra Rojas, written as an epistolary novel, accounts for the subjective experience of a young Venezuelan woman who experiences migration as an exile. This exile is preceded by an insilio in the country of origin. In the midst of the economic hardships, the pain of loss dragged by many years in Venezuela, the uncertainty and precariousness that lives in Bogotá, the city of arrival, the narrating protagonist finds a refuge in literature. In his writing, which dialogues with the authors of a very personal library, he finds his own literary homeland.

Keywords: migration; insilio; exile; Vaitière Alejandra Rojas; Venezuelan novel.

Résumé: Le roman *Algo habla con mi voz* de Vaitière Alejandra Rojas, écrit comme un roman épistolaire, rend compte de l'expérience subjective d'une jeune vénézuélienne qui vit la migration comme un exil. Cet exil est précédé d'une insilio dans le pays d'origine. Au milieu des difficultés économiques, de la douleur de la perte entraînée par de nombreuses années au Venezuela, de l'incertitude et de la précarité qui vit à Bogotá, la ville d'arrivée, le protagoniste narrateur trouve un refuge dans la littérature. Dans son écriture, qui dialogue avec les auteurs d'une bibliothèque très personnelle, il fonde sa propre patrie littéraire.

Mots clés: migration; insilio; exil; Vaitière Alejandra Rojas; roman vénézuélien.

*Te desperté
para liberarte de la frugalidad
de nuestras vidas migrantes,
sin nevera llena de frutas y golosinas,
sin televisor ni radio con que pasar el rato,
sin los libros que perdimos y vendimos (...)
Vaitière Alejandra Rojas, Algo habla con mi voz (2020)*

En noviembre de 2019 se conoció la noticia de que Vaitière Alejandra Rojas, joven venezolana, hija de padre colombiano y madre venezolana, nacida en 1988, se hizo acreedora del premio del *Concurso Nacional de Novela Universidad Central 2019*, en Bogotá, con su primera novela *Algo habla con mi voz*. Vaitière nació en Caracas, pero como hija de una familia de San Cristóbal, vivió y estudió en el estado Táchira y se siente andina.

Algo habla con mi voz se construye como una novela epistolar. La protagonista escribe 31 cartas a un amigo imaginario, a quien llama primero Franz y luego F., para dar una pista al lector y conducirlo hacia Franz Kafka, cuya identidad se revela hacia el final, con quien se identifica por las múltiples experiencias que le ha tocado vivir como migrante en la ciudad de Bogotá. Ha emigrado con su pequeña familia: el que llama padre de su hija y su hija de tres años. A lo largo de la correspondencia, se va develando la vida de precariedad y soledad de esta protagonista sin nombre.

La escogencia del género epistolar obliga, por consiguiente, al uso de la primera persona. Se trata, entonces, de uno de los géneros del yo, que se manifiesta en una escritura íntima. Desde esta se establece la subjetividad de la mirada de este personaje que vive en carne propia los azares de su desplazamiento y mira desde su condición la situación venezolana. Tres ejes temáticos estructuran este texto: el pasado en Venezuela, como patria expulsora, por las necesidades más elementales no satisfechas, en especial, el hambre; el presente caracterizado por la estrechez económica, por la xenofobia percibida en el entorno, que le dificulta la integración en Colombia (pese a que, al igual que la autora, la protagonista tiene padre colombiano), por la soledad y por un dolor existencial que se expresa en una enfermedad mental, y, finalmente, pero lo más importante, su refugio en la literatura, tanto como lectora, como escritora. El relato se cruza con sus observaciones sobre sus propias lecturas y transcribe los poemas de autores con los cuales se identifica. También ella misma escribe sus propios poemas.

Lo primero que nos interesa es que esta novela es, probablemente, la primera construida en torno a la migración venezolana en Colombia. Sin embargo, más que novela de la migración, puede verse como una novela del exilio, con toda propiedad, pues lo que se pone en escena en esta novela se explica muy bien en la teorización sobre el exilio en la literatura, según Michaelle Ascencio:

[...] hablamos todavía de exilio (y no de viaje) porque el individuo, en cierta manera, se prohíbe a sí mismo regresar hasta que cambien las condiciones que lo obligaron a partir. Esta prohibición de regresar es, en cierto modo, inherente a la noción de exilio; se añade que, en el exilio, el contenido de disfrute, propio del viaje, ha sido anulado. Exilio es pena por la separación y es también trabajo y necesidad [...]. Pensamos que la novelística y la crítica han preferido emplear también la locución *exilio voluntario* o simplemente *exilio*, en lugar de la palabra emigración, para insistir en estos contenidos de necesidad, pena y prohibición de regreso que lleva implícitos la palabra *exilio* (p. 16).

Cuando analizamos obras anteriores, escritas por venezolanos asentados en el exterior, es frecuente la nostalgia por paisajes, comidas, recuerdos entrañables del terruño, como Juan Carlos Méndez Guédez o Raquel Rivas Rojas. No es el caso de esta novela. Probablemente, el único recuerdo amable, ligado al pasado de la protagonista, es el de la abuela. Todo lo demás, dejado atrás, es parte del contexto expulsor que obliga a la familia a salir de Venezuela en una suerte de huida, buscando mejores condiciones económicas y una mejor calidad de vida. No hay paisajes gratos; solo se describe el deterioro gradual sufrido no en el pasado inmediato, sino a lo largo de la vida de la protagonista. Esto parece estar presente en la narrativa de los autores venezolanos más jóvenes, como en los casos de Eduardo Sánchez Rugeles en *Blue Label* (2010) y el de Karina Sainz Borgo, en *La hija de la española* (2019). En el primer ejemplo, la protagonista dice, al principio de la novela, que cuando sea grande quiere ser francesa y declara al final: "Cuando puse el primer pie en el

avión juré que nunca regresaría a ese país de mierda. Fue la única promesa que cumplí” (Sánchez Rugeles, p. 162). Por su parte, en *La hija de la española*, la Venezuela ficcionalizada es la Venezuela de la escasez, de la turbulencia política, de las invasiones a las propiedades, de las detenciones injustas, que es aquella en la que los más jóvenes han crecido. Esta novela termina con una sentencia lapidaria: “Eran las diez y media de la mañana. Las nueve y media en Canarias. En Caracas, siempre sería de noche.” (Sainz Borgo, p. 216).

La patria, madre expulsora

Vaitière Alejandra Rojas llegó a Colombia en el 2018. Cabe decir que coincidió con un fenómeno migratorio masivo, que tuvo lugar a partir de 2016. Como lo explica Claudia Vargas Ribas (2018):

[...]los nuevos emigrantes buscan condiciones mínimas de vida: acceso a la alimentación y atención médica completa, que no encuentran en Venezuela por la escasez de estos rubros o el alto costo de los mismos, pues se han vuelto inaccesibles para el común, especialmente para sectores de la población con menor capacidad económica (p. 111).

A lo largo de la novela van apareciendo las señales que impulsaron a la familia a emigrar, entre las cuales se reitera una y otra vez el hambre: “migramos porque si permanecíamos más tiempo en casa nuestra hija iba a conocer el hambre” (p. 35); “Somos una diáspora por necesidad, por hambre, por enfermedad, por abandono” (p. 36); “Por eso mi madre le solía sacar en cara a mi papá que mi abuela nos mataba el hambre” (p. 77); “En la IV [república] yo me moría de hambre. Mi abuela, no. En la V yo me muero de hambre. Mi abuela también.” (p. 76); “Nosotros nos fuimos en la raya: No sé qué sería de Ale si no hubiésemos migrado; aquí somos unos dones nadie, pero ella puede ir al parque, comer helados, frutas, y curarse si se enferma” (pp. 97-98). De la última visita a su familia, la protagonista recuerda:

En aquella última visita no hubo café ni pan ni comida familiar. Cuando nosotros nos fuimos, me imagino que comieron arroz recalentado y sopa de sobras. No se atrevieron a ofrecernos nada ni a comer ante nosotros. Y ellos todos se veían tan flacos, que me parecían zombis deambulando con hambre y sed, sin plata, sin transporte público, solo con paciencia y zapatos gastados (p. 117).

El hambre recorre toda la novela en diversos momentos. No hemos extraído todas las citas, pero llama la atención que sea un motivo recurrente, que va desde antes del periodo de la llamada Revolución Bolivariana, lo que Chávez llamó la IV República, previo a lo que él llamó la V República. La amenaza del hambre es, fundamentalmente, la razón para emigrar.

Cuando la narradora recuerda el pasado, las imágenes no son nada alentadoras. Hay dos pasados representados: uno lejano, el de su infancia y adolescencia, y el del tiempo inmediatamente anterior a la partida hacia Colombia. En la elaboración que se hace de su infancia y adolescencia, se revela una difícil relación con la madre y con el mundo. Cuenta que el día de su nacimiento, las enfermeras le fracturaron una clavícula y le dijeron a la madre: “La bebé rechaza el ambiente”. Esa sentencia la persigue a lo largo de su vida. Al ir haciéndose mayor, la madre se distancia y la hija se repliega sobre sí misma. Tiene dificultades para relacionarse con los demás, se refugia en la escritura y en los libros, y se siente incomprendida por quienes la rodean. Encuentra en su madre, su hermano, sus compañeros de colegio, actitudes hostiles. La sociedad en la que vive es también hostil y agresiva. Entonces vive un primer exilio, que podemos llamar “exilio interior” o “insilio”:

Yo siempre me he sentido extraña, rara, y fui una extranjera en mi propio país desde que tuve uso de razón, pero la influencia de la costumbre y de los territorios que damos por nuestros me hacían tolerable la existencia, pese a esa sensación de no pertenecer a nada (p. 33).

El exilio interior o insilio es, precisamente, la sensación de extrañamiento en el país de origen. Como lo explica Daniel “Chango” Illanes, el insiliado “está en su propia tierra en calidad de desterrado” (s.p.). Su definición es contundente:

El insilio sí requiere una caracterización: se trata de aquel estar sin ser dentro de la propia patria de uno que a uno se le presenta enajenada, pero no enajenada exclusivamente en lo socioeconómico sino en el sentido, en lo destinal, en el adonde va todo (s.p.).

También para Marisa Martínez Pérsico, el insilio es existencial. A partir de las mismas consideraciones de Illanes, a quien cita, explica lo siguiente:

[...] el insilio puede traer aparejado un sentimiento de alienación insalubre, que impone experiencias de soledad directamente ligadas a la aparición y a la proliferación de no-lugares. Creemos que la diferencia entre una condición y la otra (ser un exiliado o un insiliado) es un viraje del desgarramiento geográfico al puramente existencial. Insilio es el nombre de un crujido interior cuyos confines no figuran en los mapas: son fronteras imaginarias y a veces caprichosas que empujan al absurdo y a la enajenación (p. 21).

Añade esta autora:

El insilio parece poner en crisis la conciencia/coincidencia entre sujeto y nación, entre physis y psiquis, entre sujeto y sociedad. En la intersección de estas dualidades emerge una conciencia extrañada, destopificada, sin anclaje o fuera de eje, derivada de la abolición de lugar (p. 22).

El insilio implica una conciencia extrañada, podemos subrayar. Explica la autora que hay una disociación entre identidad y geografía. Se produce un sentimiento de “no pertenencia” que hace que la protagonista se sienta muy sola a lo largo de su vida.

La soledad y la no pertenencia se hacen tan suyas, que llega a decir: “he pensado que quizá yo no le temo a la soledad, sino a lo que piensan los demás de mi soledad” (p. 50). La incomunicación con los demás, la idea de que cuando habla “mete la pata”, la sensación de solo tener como compañía a los libros se acentúa cuando el medio que la rodea se va haciendo intolerable. Los espacios se vuelven cada vez más ajenos, como puede apreciarse cuando la narradora describe su último día antes de viajar a Colombia:

Aunque tuvimos el privilegio de viajar en la comodidad de un asiento disponible, gracias al miedo de la gente a salir pasado el mediodía y no regresar a tiempo para encontrar un autobús de vuelta a la ciudad dormitorio. Eran tiempos en los que abundaban las necesidades y escaseaba el transporte público, como la comida y las medicinas. Parece que lo único que sobraba en el país era la paciencia o el conformismo. // Llegamos a una ciudad en ruinas. ¡En ruinas! Qué simple: solo dos palabras para expresar la desolación que me desarmó el ánimo (p. 26).

El panorama que sigue es, en verdad, desolador: la ciudad invadida de pordioseros, la imposibilidad de encontrar lo que se necesitaba para el viaje, la fila de más de dos horas para retirar un documento, la suciedad del entorno, el encuentro con una niña pordiosera que se acerca a su hija. Otras “últimas veces” vuelven a la memoria de la narradora, como la última vez que vio a su abuela, caminando con los zapatos rotos para hacerse un examen en un hospital. En algún momento hace alusión al hecho de que no le crece el pelo luego de haberlo vendido. No da explicaciones, pero el contexto reciente sí lo hace: muchas mujeres, para conseguir algo de dinero a su llegada a Colombia, venden su cabello en la frontera para la elaboración de pelucas. Recuerda cómo debía pasar sus menstruaciones en Venezuela usando trapos, porque no se conseguían toallas sanitarias, y cuenta que su hija conoció ciertas frutas y golosinas al llegar a Bogotá, porque los precios en Venezuela las hacían prohibitivas. Por todo esto, el desarraigo comienza en el propio país. No hay en toda la novela sino un único recuerdo feliz de la infancia: el olor de las sábanas de la abuela y su afecto, el saber que solo un tiempo muy lejano fue mejor, pero fue vivido por la abuela, no por ella misma.

Ya en su infancia conoció las dificultades y la hostilidad de la madre, quien tuvo que refugiarse en casa de la abuela, porque no podía alimentar a sus hijos por haber perdido su trabajo. La madre es también quien constantemente la cuestiona, quien resulta de alguna manera castradora. Solo recuerda una época lejana cuando todavía se hablaban. Esa fractura de la relación con la madre tiene un aspecto simbólico. La madre, de alguna manera, enraiza; también la patria es una madre. La madre de la protagonista no puede protegerla, al igual que tampoco lo hace la patria. Se trata esta última de una madre que la expulsa. De ahí que prefiera no saber de Venezuela, no extrañar nada. Supone que la llegada al país extranjero le traerá paz:

Una paz escapista, porque a mis espaldas, allá en el país que debí abandonar, 100 niños hospitalizados en un solo estado, lo que acá llaman departamento, mueren al mes por las fallas eléctricas; los familiares de pacientes del Hospital Vargas en Caracas, la capital, cargan baldes de agua de lluvia para los enfermos porque no hay agua ni electricidad (p. 115).

Es, entonces, el desarraigo una condición existencial para la narradora, algo que ya había comenzado desde la infancia como un insilio y que, en ciertos momentos de la novela, la narradora interpreta como autismo, cuando comienza a indagar por la posible enfermedad mental que la amenaza.

El insilio de la narradora es, por tanto, el precedente de un exilio que será más desgarrador, pues no tendrá el amparo de la nostalgia por el lugar de origen. Citando a Simone Weil, Edward Said, en sus *Reflexiones sobre el exilio* (2013), dice “Tener raíces (...) quizá sea la necesidad más importante y menos reconocida del alma humana.” (p. 191). El insilio está ligado al silencio y a la represión, explica Illanes. Curiosamente, la narradora estudia francés en la universidad, una lengua que nunca podrá usar para hablar con nadie en Venezuela, entre otras razones, porque pasa de ser estudiante *Cum Laude* a desempleada.

Del insilio se pasa al exilio, ya en Colombia, pues como decíamos con Michaelle Ascencio, el individuo se prohíbe regresar. Se prohíbe incluso saber algo de los que se quedaron atrás, por miedo a que estén pasando por grandes necesidades y ella no esté en condición de ayudarlos: “Que me perdone Alejandra, que me perdone mi familia, que me perdonen los recuerdos, pero yo no puedo con tanto. No soy capaz de llamar a los que se quedaron, no quiero, no puedo. Hasta aquí llego yo” (p. 119).

El presente del exilio

La sensación de extranjería se exagera con la llegada a Bogotá. La ciudad grande, la dificultad de transitarla, porque las coordenadas del espacio son diferentes a las que conocía, inducen a la narradora a retraerse. A ello se añade la precariedad de los recursos y la xenofobia que percibe en los bogotanos, frente a la gran marejada de venezolanos que llegan. Dice Edward Said, en *Reflexiones sobre el exilio*, que “los exiliados son siempre excéntricos que sienten su diferencia (aun cuando la exploten con frecuencia) como una especie de orfandad (p. 189).

En la novela se destaca un episodio ocurrido en el Transmilenio, el transporte público de Bogotá. La narradora cuenta cómo un hombre le cede un asiento cuando ella va a viajar con su hija. Ella agradece y el hombre continúa su conversación con otro pasajero. La conversación gira en torno a los “venecos”, considerados como un problema social, que se han convertido en mendigos que asedian, que trabajan por menos que los nacionales. En el momento en que esto sucede, sube una venezolana vendiendo caramelos, buscando suscitar compasión. La narradora se agacha lo más que puede en su asiento y cuenta lo siguiente:

La voz de mi pensamiento repetía una y otra vez: “Ojalá no hayan detectado mi acento cuando dije ‘gracias’”. // Desde ese día, si alguien me dirige la palabra para pedirme la hora o para comentar la lluvia o el mal tiempo, señalo mi garganta y finjo que no puedo hablar por disfonía. Una vez traté de imitar el acento cuando una señora me dirigió la palabra para elogiar la belleza de mi hija, pero no pude camuflarme. “¿Son venezolanas?”, espetó la señora (p. 35).

De esta manera, se condena al silencio en la vida cotidiana. El silencio del insilio en el lugar de origen se traslada al lugar de llegada:

Desarmada, sin trucos, con mi único par de anteojos rayados y rotos, cuando trato de hablar con los demás se acumulan las palabras en mi garganta, se apelmazan en mi lengua, y torturo los oídos de quienes me escuchan con frases atropelladas, olvido lo que quería decir al instante y huyo (p. 14).

La incomunicación se agrava cuando la relación con el esposo es de distancia. No es el esposo, sino “el padre de mi hija”, con quien la comunicación se da con dificultad. Ella es una mujer rara, que lee demasiado, que no comparte la coquetería de otras mujeres. Ambos están juntos por la necesidad, pero hay una grieta en la relación. Por otra parte, el hecho de que solo él tenga una visa para trabajar, que resulta muy costosa para el presupuesto familiar, la obliga a quedarse en casa cuidando a su hija. El hogar es un “apartaestudio” que a ella se le antoja apenas una habitación. No hay lujos. El dinero debe medirse tanto, que la pareja come apenas dos veces al día. Ella lava la ropa a mano, con una pastilla de jabón. Se vive precariamente, porque no hay todavía raíces en el nuevo lugar, por lo cual la cómoda donde se guardan las cosas es la misma maleta con la cual llegaron. Dice Edward Said: “El exiliado sabe que en un mundo secular y contingente los hogares son siempre provisionales” (p. 193).

La narradora resiente ser etiquetada por su nacionalidad; se la reduce a un pasaporte y no se la mira como un ser humano. Y ese ser humano tiene síntomas de una enfermedad mental, que incluso ella misma se la diagnostica, aunque los psiquiatras la hacen ir de un lado a otro sin darle respuestas: “no soy una escritora por dentro, sino una autista y por fuera una migrante” (p. 45). “Una vez más constato que a los hombres no les gustan las mujeres inteligentes ni tristes. No sé si soy inteligente, solo sé que soy un ser muy triste” (p. 45).

La narradora pasa por diversas hipótesis de diagnóstico: depresión, esquizofrenia, autismo, trastorno bipolar. Los distintos psiquiatras por los que va pasando la medican, le prescriben exámenes de todo tipo, hasta tomografías, la interrogan sobre si tiene deseos suicidas, lo que le hace pensar sobre si ha habido migrantes venezolanos que se suicidan. La incompreensión y distancia de los psiquiatras resulta casi en caricatura; hay momentos de humor amargo en el discurso: “Debo esperar a que la psy vea las placas y me diga si tengo o no cerebro de bipolar o de futura demente” (p. 85). Los psiquiatras piden síntomas, no anécdotas y lo que realmente salva a la narradora es su necesidad de contar historias.

A lo largo de la novela, se va dilucidando que los síntomas parecen ser los síntomas del exilio: soledad, depresión, miedo a la incertidumbre. No hay ni siquiera un “nosotros” como aquel del que habla Said: “Y justo al otro lado de la frontera entre 'nosotros' y 'los de fuera' se

encuentra el peligroso territorio de la no pertenencia.” (p. 183). Para la narradora, son envidiables los gitanos y los judíos, por su fidelidad entre ellos: “Quizá muchos venezolanos me odien por opinar esto, pero en nuestra migración yo he sentido muy poca solidaridad” (p. 72).

La escritura como refugio

Fernando Aínsa, en “La patria literaria más allá de la periferia” (2007), habla de cómo los escritores migrantes han fundado una patria excéntrica más allá de sus países. Se trata de una literatura lejos de la nación,

[...] que surge fuera del centro, oblicua y marginal, desajustada con relación a lo que son las atribuciones que se le asignan como misión. Instalados en la fragilidad de las zonas intermedias, los creadores buscan un espacio donde integrar una sensibilidad aguzada en un mundo que maneja otros valores y que por ello los empuja fuera del sistema (p. 13).

Aínsa menciona a gran cantidad de escritores latinoamericanos ya canónicos, pero que produjeron su literatura lejos de su país. En la novela que nos ocupa, Vaitière Alejandra Rojas es una lectora asidua, una de cuyas mayores alegrías se da cuando consigue un carné de la Biblioteca El Tintal, que le permitirá resarcirse por haber tenido que dejar atrás sus libros en Venezuela. Otra de sus alegrías es la que la embarga cuando se inscribe en un taller de escritura creativa. Ahora bien, ella elige a un escritor, Franz Kafka, como interlocutor de su discurso íntimo. Se identifica con la poesía de autores como José Watanabe, Alejandra Pizarnik, Vicente Huidobro y Rainier María Rilke, a quienes cita o transcribe. Declara haber leído el cuento “Justino”, de Andrés Neuman. También, haber visto un corto titulado “Cuerdas”, del español Pedro Solís García, ganador del Premio Goya. El hilo que los reúne es la soledad del poeta o del personaje de ficción, su diferencia, su no encajar en el medio social. Cuando la narradora empieza a escribir las cartas a Franz, le comunica que no tiene amigos de carne y hueso. Cuando obtiene su primer préstamo de cuatro libros en la biblioteca, siente que supera la soledad:

Pero ya tengo compañía, ahora somos los cuatro libros y yo, hasta el 28 de febrero, cuando deba regresarlos y vaya por más. Para mí Julien Sorel, Oliver Twist, Ana Karenina, don Quijote, Fausto, Werther, Hamlet, Lucien de Rubempré, Swann, madame Bovary, K., Gregorio Samsa... Ellos son más reales que mis propios padres. Todos los de carne y hueso terminan por irse, por dormirse; entre las palabras nadie huye, hay compañía, hay complicidad. Ni las pastillas ni las terapias me ayudan a ser de este mundo (p. 88).

Podemos notar que ninguno de los autores mencionados arriba y ninguno de los personajes literarios de esta última cita forman parte de la literatura venezolana. La narradora definitivamente se sitúa en otro lugar. Su exilio es también literario.

Se apropia de una biblioteca particular, en la que conviven autores europeos y latinoamericanos que se transforman en los amigos entrañables con quienes llena su soledad. Encuentra en su poesía o sus relatos ecos de su propia manera de estar en el mundo: descentrada, lateral, como diría Julio Cortázar. En el territorio de la literatura, la narradora construye un lugar, un refugio donde se está bien. No necesita hacer un inventario de sus síntomas; solo necesita historias. Esas historias le dan la libertad de ser ella misma y no lo que los demás ven: un estereotipo:

¿Acaso es egoísta sentirse mal cuando a uno lo reducen a una nacionalidad? “Usted es venezolana”, me dicen a cada rato cuando abro la bocota. Yo no soy venezolana. Soy un ser humano con una nacionalidad, sí; mas no soy una nacionalidad. Me desespera que me reduzcan al hambre, la miseria, la pobreza, el desconcierto y los errores de una nación en uno de sus momentos históricos (p. 87).

Sin embargo, la novela que tenemos entre manos es muy venezolana; nos muestra el desgarramiento de los migrantes venezolanos que perciben su migración como un exilio, en especial los llegados a Colombia; reelabora la historia reciente del país desde la vivencia descarnada. Por otra parte, encuentra padres literarios en diferentes latitudes, lejos de la patria expulsora, se los apropia y, con ellos, comienza su propia creación. El epígrafe que abre este trabajo es un fragmento del poema que la narradora le escribe a su pequeña hija, el motor que la saca de su ensimismamiento o de la quietud de la depresión, el motivo por el cual nunca se suicidaría, la razón de la migración, el único ser de carne y hueso a quien puede leerle historias. La narradora asume su maternidad de manera distinta a como lo hizo su madre o como lo hizo Venezuela con ella: busca darle a su hija un refugio, un lugar en el mundo. Para ello, debe construirlo primero y lo hace en el espacio de la escritura, nutrida de múltiples lecturas. Funda su propia patria literaria. En ese sentido, asume una mirada femenina sobre el mundo; lo mira desde su propia experiencia, desde la mujer que amamanta a su hija en el Transmilenio o que resiente la distancia del esposo, o que carece de toallas sanitarias en su país de origen, o que necesita ahorrar por muchos días para pagar el bus que la llevará a la biblioteca.

Fernando Aínsa reflexiona:

Literatura nacional, por un lado y, literatura extraterritorial y periférica por el otro, están en los extremos irreconciliables en los que se debaten, por un lado, la regresión a los orígenes nacional o étnico, cuando no nacionalista, y su opuesto, la alienación y la dispersión en un eclecticismo cosmopolita invertido. ¿Cómo conciliar tendencias tan contradictorias, diástole y sístole de un mundo que parece tan fascinado como temeroso de la transculturación que vive a diario? (p. 15).

La distancia puede proporcionar nuevas miradas sobre el terruño natal. Los venezolanos no habían tenido en toda su historia una migración tan masiva como la de estos tiempos oscuros que vivimos. Si bien Venezuela fue un crisol de migraciones que nutrieron su cultura y su literatura, no con frecuencia podía verse a sí misma desde la distancia. A lo largo de la historia de la literatura, pocos escritores nacidos en Venezuela han escrito desde el exilio.

Cabe preguntarse cómo será la literatura venezolana de los próximos años, pues como dice el poeta Rafael Cadenas, en su texto “¿Dónde está Venezuela?”, “Venezuela hoy es un país desperdigado por el mundo. Donde esté radicado el talento, la inteligencia y el trabajo de los venezolanos, ahí queda Venezuela” (s.p.).

Referencias

- Aínsa, Fernando. “La patria literaria más allá de la periferia”. *Akados*, vol. 9, n.º 2, 2007, pp. 77-20. Caracas: Comisión de Estudios de Postgrado, Universidad Central de Venezuela. *SaberUCV*, http://saber.ucv.ve/ojs/index.php/rev_ak/article/view/664/611
- Ascencio, Michaelle. *El viaje a la inversa: Reflexiones acerca del exilio en la narrativa antillana*. Caracas: Fondo Editorial de Humanidades, Universidad Central de Venezuela, 2004.
- Cadenas, Rafael. “¿Dónde está Venezuela?” *El Mercurio Web*, <https://elmercurioweb.com/opinion/2015/10/20/dnde-est-venezuela-por-rafael-cadenas>.
- Illanes, Daniel “Chango”. “Exilio e insilio: Una mirada de tres décadas desde y hacia San Juan, que prolonga su insilio interminable.” Universidad Nacional de San Juan (Argentina), Facultad de Ciencias Sociales (FACSO), 22 de marzo del 2006.
- Martínez Pérsico. *Tres formas del insilio en la literatura ecuatoriana del siglo XX*. Madrid, Bubok / Gobierno de España, 2010.
- Rojas Manrique, Vaitière Alejandra. *Algo habla con mi voz*. Bogotá, Universidad Central, 2020.
- Said, Edward W. *Reflexiones sobre el exilio*. Traducción de Ricardo García Pérez, Barcelona (España), Debolsillo, 2013.
- Sainz Borgo, Karina. *La hija de la española*. Bogotá, Lumen, 2019.
- Sánchez Rugeles, Eduardo J. *Blue Label/ Etiqueta Azul*. Caracas, Los libros de El Nacional, 2010.
- Vargas Ribas, Claudia. “La migración en Venezuela como dimensión de la crisis.” *Pensamiento Propio*, n.º 47, año 23, enero-junio, 2018, pp. 91-128. *Cries.org*, <http://www.cries.org/wp-content/uploads/2018/09/009-Vargas.pdf>